



---

RESEÑA DE | A REVIEW OF

---

López Guzmán, Rafael; Gutiérrez Viñuales, Rodrigo (coords.). *Alhambras: arquitectura neoárabe en Latinoamérica*. Granada: Almed, 2016, 341 págs. Ilustr. ISBN: 978-84-15063-73-5

---

JUAN MANUEL BARRIOS ROZÚA

jmb@ugr.es

Profesor titular de la E. T. S. de Arquitectura de Granada

Con el libro *Alhambras. Arquitectura neoárabe en Latinoamérica* el lector se adentrará en el sugestivo mundo de la arquitectura orientalista que, inspirada en cualquier tipo de arquitectura musulmana, podemos encontrar en América. Ciertamente la Alhambra es el modelo más recurrente, pero abundan también los edificios que toman como referentes en mayor o menor medida la arquitectura otomana, egipcia, iraní o mogol, sin olvidar otros edificios de al-Andalus como la mezquita de Córdoba o la Giralda.

Como señala Rafael López Guzmán –coordinador del libro junto con Rodrigo Gutiérrez Viñuales–, la América hispana había tenido en los siglos XVI y XVII una relación con la cultura arquitectónica andalusí a través de las técnicas constructivas y ornamentales del mudéjar. Sin embargo, el orientalismo que se desarrolla en América no presenta continuidad con ese periodo, sino que debe vincularse con el europeo y englobarlo bajo conceptos como romanticismo, estética pintoresca o atracción por lo exótico. Apuntan al respecto los coordinadores que “el neoárabe pasó a América bajo el signo común del eclecticismo, como una alternativa dentro de ese mosaico de estilos históricos que se iban adaptando según sociedades y necesidades en cada región”. No fue tampoco ajeno a la influencia de otras modas europeas como el Art Nouveau y el Art Decó.

La mayoría de los edificios de la segunda mitad del siglo XIX están relacionados con las exposiciones de Londres, París y otras grandes ciudades, y fueron difundidos por catálogos o visitados directamente por muchos americanos. La arquitectura orientalista americana es en ese periodo una suma de casos aislados en la que se aprecia cierto retardo respecto a Europa. Es en la última década del siglo XIX y el primer tercio del XX cuando vemos multiplicarse los ejemplos al calor de una emergente sociedad de consumo donde proliferan las casas de veraneo, los hoteles-balneario, los cines o las plazas de toros. La eclosión de un gusto por la arquitectura fantasiosa no sufre el trauma de

la Primera Guerra Mundial y llega con cierto vigor a los años 30, decayendo luego sin llegar a morir nunca.

La tipología más frecuente es, con diferencia, el palacete burgués, pues no en vano los clientes son personas con recursos que han forjado su cultura en lecturas de obras del Viejo Mundo y en viajes a España, Londres o París. Son obras generalmente íntimas y caprichosas dentro de un paisaje arquitectónico que se considera vulgar, obras que expresan un marcado individualismo. No siempre los palacetes orientalistas lo son en su integridad, pues muchos esconden tras fachadas clásicas un salón de fumar, un billar o un baño orientalista. Esta consideración de las formas de la arquitectura islámica como algo frívolo o extravagante que apela a la imaginación, explica bien por qué el segundo grupo más numeroso de edificios orientalistas lo constituyen inmuebles dirigidos al ocio tales como kioscos de parques y zoológicos, balnearios, plazas de toros, teatros o cines.

Llama por tanto la atención que un repertorio formal generalmente asociado a la evasión hedonista sea utilizado en edificios religiosos. El caso de las sinagogas de los Estados Unidos es paralelo al de las sinagogas orientalistas de Europa, y se explica por la evocación de ese momento de esplendor que vivió el judaísmo en al-Andalus por parte de unas comunidades que no tenían lenguajes históricos propios y que habían construido según las formas usuales de los territorios que habitaban. El caso de las iglesias y conventos católicos es más llamativo y escapa a explicaciones globales, pues se trata de casos puntuales atribuibles a clérigos que toman esa opción por motivos muy subjetivos.

El libro es producto de un proyecto de investigación dirigido con indudable acierto, para el que se ha contado con la colaboración de autores españoles, mexicanos, puertorriqueños, colombianos, argentinos y norteamericanos. Los autores no se han limitado a bucear en una bibliografía muy dispersa y en Internet, sino que han visitado in situ la mayoría de los edificios, de los cuales se ofrece un repertorio gráfico de extraordinaria calidad.

Los primeros ocho capítulos están dedicados a mostrar los orígenes del orientalismo en Europa y España. Habiendo tanto que contar sobre América puede parecer un exceso, pero los coordinadores han entendido, y no les falta razón, que la historiografía sobre la arquitectura ecléctica inspirada en el mundo musulmán, y en la Alhambra en particular, presenta un panorama fragmentario y disperso. Esto reclamaba unas síntesis divulgativas que situaran al lector ante los principales problemas.

Rafael López Guzmán explica el origen, gestación y valores de la Alhambra nazarí, para hacernos ver cuáles serán las claves de su "resurrección" en el siglo XIX. Ignacio Henares Cuéllar destaca la importancia del orientalismo como estética utópica y renovadora. Tonia Raquejo Grado nos muestra la importancia decisiva de Gran Bretaña en la creación de la moda alhambresca, en la cual brilla con luz propia Owen Jones, a quien también dedican oportunos estudios Juan Calatrava y María Luisa Bellido Gant. La paralela gestión del alhambrismo español es analizada por José Manuel Rodríguez

Domingo, que la sitúa dentro de los complejos debates sobre la identidad nacional española desarrollados desde el Romanticismo hasta el primer tercio del siglo XX; el mismo autor se ocupa de la difusión en el extranjero del alhambrismo hispano a través de la exportación de yeserías por los talleres granadinos de Rafael Contreras, Tomás Pérez o los hermanos Marín. Como bisagra entre España y América, Luis Sazatornil Ruiz nos muestra algunos ejemplos de arquitectura alhambresca de indianos, los cuales construyen edificios singulares, en una orilla o en otra del océano, para proclamar su estatus de nuevos ricos.

Aunque el libro se limita en su título y en su catálogo a Latinoamérica, contiene un extenso capítulo de Lily Litvak dedicado a la arquitectura orientalista en los Estados Unidos, en el que desvela un sorprendente repertorio de edificios “moriscos”, sobre los que hace interesantes reflexiones, extrapolables algunas a la América hispana. Este capítulo lo complementa Francisco Javier Recio inventariando las Giraldas norteamericanas.

El Caribe cuenta con un estudio panorámico de Rafael López Guzmán, uno de los autores que más se esfuerza en explicar los heterogéneos factores que llevaron a comitentes y arquitectos a recurrir al lenguaje alhambresco. Además de razones como las ya apuntadas, señala otra muy a tener en cuenta, las propias denominaciones de muchas regiones y ciudades (Nueva Granada, Santa Fé, Córdoba, Granada, Cartagena, etc.) todas las cuales despiertan el recuerdo de la España meridional. La aproximación al Caribe la completan dos estudios monográficos sobre Puerto Rico y Cartagena de Indias de Enrique Vivoni Farage y Karen David Daccarett.

México, uno de los países con más ejemplos, es analizado de manera global por Yolanda Guasch Marí, y complementado por estudios de Elisa García Barragán, José Antonio Terán Bonilla y Luz de Lourdes Velázquez Thierry. En aquel país está el pabellón de Santa María la Ribera (México D. F.), una fascinante muestra de la fusión del hierro con el lenguaje medieval de la Alhambra, para dar lugar a un popular edificio que sirve de inspiración a otros muchos por todo el país.

Rodrigo Gutiérrez Viñuales afronta el difícil reto de darnos una visión de conjunto de Sudamérica, tarea complementada por los trabajos de William Rey Ashfield sobre las plazas de toros o José Manuel Rodríguez Domingo sobre Adolfo Morales de los Ríos, un notable arquitecto ecléctico español que tras hacer obras como el Teatro Falla de Cádiz marchó a Brasil. En términos generales el libro pone de manifiesto que los autores de los edificios son arquitectos europeos que buscan mejores oportunidades en América, la mayoría españoles, pero también italianos, franceses, belgas o ingleses.

Los estudios se concluyen con tres trabajos complementarios que desbordan el marco cronológico o temático del libro. Rodrigo Gutiérrez Viñuales nos explica como la pintura orientalista en América del Sur depende de tendencias gestadas en París y Roma. Ramón Gutiérrez analiza el influjo de la Alhambra y el Generalife en arquitectos relacionados con el Movimiento Moderno como Mauricio Cravotto, Luis Barragán, Martín Noel o Rogelio Salmons, fascinados sobre todo por la fluidez de los espacios y

el uso del agua. Y finalmente, Anissa Foukalne recoge varios ejemplos de mezquitas construidas recientemente por las minorías musulmanas que se han asentado en Latinoamérica, ninguna de las cuales, por cierto, tiene referencias a la Alhambra, lo que demuestra que este edificio ya no es el referente de lo islámico que fue en el siglo XIX y principios del XX.

En términos generales la mayoría de los autores que escriben sobre las "alhambras americanas" hacen más una labor de inventario que de análisis crítico, lo que demuestra que es un tema en el que se está en una fase inicial de investigación. Prima por tanto la labor positivista de localización y catalogación, acompañada de reflexiones genéricas, pero sin una base suficiente aún para extraer consideraciones sólidas. Es algo que no se puede reprochar a los autores, porque el tema al que se enfrentan no había gozado hasta el momento de monografías ambiciosas y sólidas que permitieran establecer una crítica histórica, sociológica y estética fundamentada. De ahí el contraste entre las aproximaciones a temas europeos como Owen Jones o el alhambrismo español, que gozan de investigaciones avanzadas, con la aproximación a regiones americanas donde la arquitectura ecléctica ha estado eclipsada por temas como la arquitectura colonial o la llegada del Movimiento Moderno.

El último tercio del libro lo constituye un espléndido catálogo de edificios neoislámicos –término más exacto que neoárabe, aunque este suena mejor– ordenado alfabéticamente por países, en el que se aportan datos básicos como la autoría, la cronología y una o dos imágenes. Son incluidos tanto los edificios que todavía existen como los desaparecidos, e incluso algún proyecto nunca materializado. Según los coordinadores del libro se trata de una base de datos que acabará estando accesible en Internet y abierta a la aportación de otros investigadores. Su objetivo, que esta arquitectura sea estudiada, apreciada y protegida, pues si bien es cierto que muchos de los edificios gozan hoy de algún tipo de salvaguarda, otros sufren la “incomprensión genérica del eclecticismo”.

Nos encontramos pues ante un libro importante por explorar con rigor un tema hasta ahora falto de una visión global ambiciosa y necesitado de ella. Un libro que, a pesar de ser un trabajo colectivo, da como resultado un volumen coherente, sabia y rigurosamente coordinado. Una obra que solo podía ser colectiva dado el inmenso espacio geográfico que abraza y el arco cronológico que engloba. En suma, no estamos solo ante un libro que será de referencia para los estudios del orientalismo arquitectónico, sino también ante un hermoso objeto accesible a cualquier lector que desee dejar volar su imaginación por un inmenso acervo arquitectónico, al que hay que aproximarse sin prejuicios, para descubrir un universo donde impera la fantasía creativa. Un arte que no se limitó solo al uso más o menos caprichoso de lenguajes del pasado, sino que fue campo de experiencias formales que ensancharon el horizonte de la arquitectura occidental.